

El guardián de las estrellas

Eduardo Mieres



Image not found.

Capítulo 1

El Guardián de las Estrellas

Acorde a las tradiciones de su pueblo, Eylan estaba a punto de recordar en ese momento algo muy preciado que se le había enseñado.

Repentinamente se encontró a sí mismo en una situación muy complicada, solo y muy alejado de su Quipur, en la oscuridad de una noche que lo envolvió sin que se diera cuenta, no pudo reconocer ninguna roca familiar ni sendero que lo llevara de vuelta a su hogar.

Su padre, junto con otros cabezas de familia, había salido a una expedición de exploración de nuevas estrellas, y no habían vuelto desde hacía tres lunas completas, dos más de lo que le había dicho él antes de partir. Exploraciones y demoras como ésta eran comunes entre los Guardianes, incluso Eylan estuvo a punto de acompañar a su padre, pero éste, en conjunto con su madre, decidió que debía ayudar al resto de la aldea en la Fiesta del Agua.

El muchacho había vivido dieciséis ciclos completos del Árbol del Tiempo, y deseaba con ansias seguir a su padre como un Guardián hecho y derecho y conocer regiones del cielo que hasta el momento sólo había imaginado a partir de las historias que le contaban los guardianes mayores, pero aceptó sin protestar las indicaciones de sus padres, reconocía en su intimidad que no estaba listo para emprender un viaje tan largo; pero también sospechaba que algo le estaba aguardando por vivir en su aldea, sospecha que sutilmente lo frenaba en su ímpetu por seguir los pasos de su padre.

Pero éste no había vuelto, y una persistente desazón comenzaba a invadirlo jornada tras jornada. Era extraño, Eylan siempre había visto cómo las promesas de su papá noche a noche se cumplían, dándole un aura de certeza y confianza que lo enorgullecía y que lo hacía sentir seguro, por eso demoró en preocuparse por la tardanza del grupo, y sólo cuando faltaban tres noches de lunas claroscuras antes de la completa cayó en la conciencia de su tristeza.

Así, una vez terminada las actividades del día, que incluía trabajo ayudando donde se le solicitase, entrenamiento en las diferentes habilidades que todo Guardián debía manejar y escucha de los ancianos acerca de las historias de los antepasados, se despedía de su mamá y hermana y salía a esperar a su padre alejándose de su casa en diferentes direcciones cada noche, para orientarse no tenía problemas pues como todo habitante del pueblo, desde muy niño era un experto en la lectura de las estrellas, alineando su cuerpo en un haz de relaciones con las Estrellas Familiares, aprendizaje que llegaba a ser intuitivo por lo habitual y cotidiano de su uso.

Recordaba en sus caminatas las veces en que, de la mano de su papá, éste le enseñaba el conocimiento más venerado que atesoraba el pueblo: sus orígenes celestiales, el viaje que los primeros Guardianes emprendieron desde las estrellas para fundar colonias en la tierra, dándole a entender cómo ellos estaban relacionados espiritual y personalmente

con las luces que no se apagan, transmitiéndole de un modo natural y cercano la honorable responsabilidad de ser un cuidador de la luz y la belleza que ellos y el mundo recibían cada noche, su guía para el futuro. No obstante, algo había cambiado, sin darse cuenta y ensimismado en sus cavilaciones se alejó sin prestar mayor atención por dónde iba, preocupado no estaba pues tenía en consideración las estrellas para orientarse, sin embargo, al mirar al cielo no pudo leer lo que estaba viendo. Un escalofrío le recorrió la espalda pues por primera vez en su vida estaba experimentando la sensación de no saber en qué lugar estaba parado exactamente, algo le había fallado, y no sabía cómo volver a su Quipur.

Los Guardianes de las Estrellas eran un pueblo antiguo, tanto que sus orígenes se perdían en el tiempo como los granos de tierra y arena que pisaban todos los días en sus aldeas, o como les gustaba decir a ellos mismos, "*tenemos tanta historia como estrellas por conocer*". En el relato de su origen no habían dioses ni tampoco un dios creador de su universo; ellos sostenían que tenían un nacimiento celestial, eran descendientes directos de sus antepasados que vivían en los lejanos puntos luminosos que divisaban –y honraban– cada noche, recordando un origen bienaventurado en donde los distintos pueblos de guardianes vivían en armonía entre sí, pudiendo ir de estrella a estrella si así lo deseaban; las más cercanas formaban agrupaciones que se constituyeron en reinos independientes: desarrollaron el trueque como forma de intercambio para las cosas que necesitaban, dedicándose como principal objetivo al estudio del universo y de los planetas que habitaban, como también cultivaron distintos tipos de expresiones de su amor a la vida, las que podrían entenderse en nuestra sociedad como artes y oficios.

Los Guardianes, gozosos con su forma y sistema de vida, deseaban explorar el universo, eran por naturaleza curiosos, hacer nuevos amigos era un arte entre ellos, entonces, era totalmente natural que viajaran periódicamente fuera de su planeta. Algunos de ellos, escuchando hablar de un planeta azul llamado Tierra, no muy habitado, no dudaron en cuanto a emprender el viaje con el deseo de darse a conocer a los habitantes de ese planeta, como también a invitarlos a que viajaran con ellos a sus hogares. Así fue cómo comenzó la historia de este pueblo en medio de un desierto en una zona montañosa de gran altura, comunicándose con sus compañeros mediante enormes figuras hechas en las laderas de los cerros, mientras que ellos lo hacían por medio de piedras gigantes que dejaban caer en el tejido del universo formando estelas de fuego en el cielo, constituyendo los mensajes que interpretaban; también tuvieron contacto con los distintos pueblos que cohabitaban la tierra que los circundaba.

Siendo hijos de estrellas, los Guardianes estaban despiertos principalmente de noche, las principales actividades comunitarias se realizaban en este período del día pues eso significaba un reencuentro cotidiano con los Guardianes Más Antiguos, aquellos que habitaban las lejanas tierras de las que un día partieron. La educación de los niños y niñas era realizada en base a las estrellas pues se asumía que de ellas les

era entregado el conocimiento que atesoraban: el calendario de las siembras y cosechas y caminos para encontrar agua mediante senderos estelares, por ejemplo. Por otro lado, cada familia guardiana se formaba cuando dos miembros del pueblo se unían comunicándose secretamente el uno al otro el nombre propio que una estrella a su vez les había susurrado acerca de sí misma en sueños o en medio de la noche, entonces ambos pretendientes debían crear una nueva ligazón en el cielo que incluyera a las dos estrellas, si lo lograban entonces se presentaban al pueblo para comunicar su unión y vivir la fiesta de la misma. Luego podían vivir en un Quipur propio siendo además habitantes del tejido celestial por medio de las Estrellas Familiares, las que eran una interpretación a la que tenía derecho la pareja respecto de las estrellas que marcaron su unión como las de la descendencia que tuvieran, enseñándoselas a sus hijos en caso de que se perdieran para poder orientarse y volver a casa.

Así venían al mundo: como hijos de sus padres y entrelazados íntimamente con una estrella, en una relación que marcaba su unión con la comunidad y con su propia identidad, ciclo que se renovaba constantemente cuando los guardianes se casaban.

Fue en ese momento, entonces, en medio de una noche desconocida para él, que Eylan recordó a Maitiare, y nació súbitamente un deseo que no sabía que pudiera existir, por primera vez no tuvo ganas de mirar hacia arriba sino el de ver imperiosamente el rostro de su compañera de juegos y estudios de toda la vida, ver las pecas de su cara que cambiaban de lugar cuando sonreía acercándose entre sí como un cúmulo de estrellas o abejas alimentándose de una flor, escuchar sus chanzas y bromas, apreciar sus inteligentes observaciones o contemplarla en el silencio del viento y el sol de oro del atardecer bañando su cuerpo. Pero no tenía cómo volver.

Lo único que tenía Eylan a su favor en ese momento era la oscuridad de la noche que le seguía permitiendo ver las estrellas, esas estrellas que hasta ayer fueran tan familiares pero que hoy estaban mudas, sin poder extraer de ellas el más mínimo indicio de un camino u orientación que le pudiera ayudar a regresar al mundo que conocía.

Fue la misma noche lo que al poco tiempo lo fue reconfortando. Su pueblo honraba a la noche pues en la oscuridad era posible ver lo que de día era invisible, y así fue asimilando, poco a poco, que, estando solo como lo estaba en esa ocasión, le fuera quizás posible escuchar en el silencio un saber acerca de sí mismo imposible de oír estando en medio de la comunidad. La soledad era equivalente a la oscuridad de la noche que permitía ver lo invisible. La soledad, por tanto, era el silencio de la comunidad que le permitiría oír en sí mismo aquellas palabras que no sabía que existían, aquellas palabras buenas que podían representar un futuro. Sabía que la respuesta estaba en esas mismas estrellas que, parecía miraba como por primera vez.

Eylan comenzó en ese instante a recordar a su padre, el deseo de su regreso que lo había puesto en esa situación, y le pareció que sus constantes salidas para esperarlo a las afueras de la aldea posiblemente habían sido sólo un señuelo para el momento que ahora estaba viviendo.

Quizás su padre sabía que esto podía suceder, quizás también, por esto mismo, su madre estaba tranquila cuando salía tarde del Quipur. Reconoció que lo que estaba viviendo lo vivía todo Guardián en un momento de su vida, un momento que llegaba para todos de manera imprevisible y que por otro lado era inconscientemente buscado. Siguió recordando, ahora a su mamá, luego a su hermana, también a sus amigos y a ese fuerte deseo de ver a Maitiare, y supo también, en ese instante, que a su regreso, trataría de estar más cerca de ella. Recordó también esa duda que le hacía frenarse en su ímpetu para acompañar a su papá, y reconocía también que esa duda se relacionaba con el momento que estaba viviendo, con esta soledad en medio de su noche. Ya podía ver lo invisible, le faltaba oír la voz que surgía en la presencia en la que él constataba la ausencia de los otros, esa voz, por supuesto, solo podía ser la suya, en ese silencio acompañado de estrellas, ¿qué era lo que debía escuchar, qué era lo que quería decir? No era cualquier cosa, debía ser algo importante, y posible.

Una serie de imágenes comenzaron a llegarle en ese momento. A Eylan, un miembro del pueblo de Los Guardianes de las Estrellas, comenzaron a llegarle imágenes de las cosas que amaba, y eran todas cosas de la tierra: el agua que corría por los ríos, el canto y vuelo de los pájaros, los árboles que cambiaban su follaje durante el ciclo del tiempo, todos los animales que conocía, las piedras y montañas de diferentes colores que lo maravillaban, el inmenso espacio que envolvía los valles. Luego estas imágenes se sucedieron y aparecieron ante él los habitantes de su aldea, los ancianos que contaban las leyendas, las mujeres, los guardianes jóvenes como él, cada uno ocupado en una tarea que le era propia y que contribuía al sostenimiento de todo el grupo. Así, mediante la presencia en su corazón de todo aquello que atesoraba y que deseaba preservar en el valor que en sí mismo tenía para el florecimiento de la vida que compartían, fue dándose cuenta que las palabras que debía decir tenían relación con su lugar en la comunidad, con el lugar que quería ocupar en ésta.

¿Qué significaba ser Guardián de las Estrellas sino el establecimiento de una relación personal con aquello que, luminoso, iluminaba el corazón de cada uno en su relación con los demás y que le otorgaba un lugar único y visible en la aldea? Eylan comprendía que ése era el regalo y el tesoro de las estrellas que su pueblo honraba, el conocimiento del milagro realizado en la conformación de cada uno en una relación que los trascendía en el tiempo. Luz invisible.

Él debía ser y ocupar un lugar particular para que a su vez otro pudiera dirigirse a Eylan y ocupar lo que éste ofrecía para que ese otro pudiera a su vez ser y descubrir su función en la comunidad. Era una ley. ¿Y qué ofrecía Eylan? Cuando llegó a esta pregunta la noche estaba bien avanzada y se detuvo ante el vértigo de lo que podía ser la respuesta. Intuitivamente relacionó que la ley que acababa de descubrir se relacionaba con la estrella que tenía que interpretar, aquella interpretación que era la comunicación de un nombre propio con el cual presentarse ante los demás. Eylan amaba la vida, pero lo que más amaba Eylan de la vida

era su variedad, las diferentes presentaciones que la vida adoptaba en el mundo, por lo tanto, supo, que la función que deseaba ocupar debía coincidir con este amor por la variedad de la vida, pues ocupar una función en la comunidad significaba ofrecer el producto que, al estar Eylan afectado por la comunidad, correspondía a aquello que más lo reflejaba de esa afectación. La función que Eylan debía ocupar entonces, era aquella que más reflejaba lo que amaba.

En eso miró el cielo agujereado de estrellas y vio delinearse en un conjunto cualquiera de ellas la forma de un árbol, y no un árbol cualquiera. Al querer reflejar la esencia de la variedad de la vida, las estrellas le respondieron de esa forma, dibujando nada más ni nada menos que el Árbol del Tiempo de la aldea, aquel árbol que era la medida del paso del tiempo para los Guardianes. El tiempo era, descubrió Eylan, la máxima y más sutil expresión de la variedad de la vida que puede existir, pues todo el cambio de las cosas y de las personas está contenido en el tiempo, y siempre hay cambios nuevos que sólo el tiempo no se sorprende de conocer y acepta plenamente, la vida es tiempo adviniendo en formas diferentes: *Sé la voz del Árbol, Eylan, sé la voz del tiempo, cuida, valorando, la variedad de la vida que amas.* Así hablaron las estrellas con una voz que sólo Eylan escuchó.

Eduardo Mieres G.